

No me alcanzará la vida*

El escenario de la paradoja habitado por Sofía Trujillo y Miguel Cruz-Aedo

Si una leal compañera de viaje tuvo el siglo XIX mexicano fue la constante tensión social en la búsqueda de la legitimidad de un gobierno central en construcción permanente y viajero que intentaba articular al Estado-nación emergente;¹ que buscaba estructurar al país bajo la égida de una nueva sensibilidad, de un *modo* inédito hasta entonces al cual hemos dado en llamar modernidad. La idea de un Estado liberal moderno, concebido por las elites intelectuales mexicanas que abrevaron en la Ilustración como fuente ideológico-política, se convirtió, según François-Xavier Guerra,² en un proyecto de nación resultante del consenso de las elites mencionadas, autoasumidas como la síntesis de una imaginaria voluntad popular encarnada en

ellas —en las elites—, cuyos miembros eran, en muchos casos, integrantes de la oligarquía o, en el mejor de ellos, mantenían cercanía con ésta y terminarían siendo parte de la misma en momentos posteriores, dada su capacidad —de la oligarquía— para refuncionalizar su actuar y control.³

Dicha presunta vanguardia política y cultural, integrada por los liberales, se enfrentó a una sociedad tradicional, anclada en formas de vida propias del antiguo régimen, sustentada en actores colectivos tradicionales que veían aparecer al individuo vuelto ciudadano como el eje articulador de la política moderna.⁴ Pero esa tensión entre modernidad y tradición, que tenía al XIX como arena, no era tan simple ni obedecía a la pura voluntad de las elites, sino que estaba sobredeterminada históricamente por la herencia ontológica colonial que matizó el actuar y los proyectos tanto de liberales como de conservadores durante el siglo de marras, en el entendido de que ambas facciones estaban conformadas, en su mayoría, por criollos,⁵ los cuales, más

* Celia del Palacio, *No me alcanzará la vida*, Santillana, México, 2008.

¹ Para una interesante discusión/posición en torno a los conceptos de nación y Estado aplicados desde el eurocentrismo hacia nuestro continente, véase R. Romano, *Algunas consideraciones en torno a Nación, Estado y Libertad en Europa y América centro-meridional*, mimeo, 1992, pp. 229-257; este autor señala al XIX como el siglo de las grandes historias nacionales.

² F.-X. Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, t. I, FCE, México, 1988.

³ R. Romano, *op. cit.*

⁴ E.-X. Guerra, *Modernidad e independencias. México*, FCE, 1993.

⁵ E. O'Gorman, *La supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*,

acá de todo su liberalismo o su conservadurismo, tenían la impronta de haber abrevado culturalmente en la América hispana que “cristianizó la modernidad”, a diferencia de la sajona que se construyó sobre la “modernización del cristianismo” producto de la reforma protestante,⁶ y cuyas características primarias, basadas en la tradición y la anti-modernidad, eran el absolutismo en política y el catolicismo en la ideología y como verdad absoluta guiadora de su acción social.⁷

Así, la gran paradoja tanto de los liberales como de los conservadores miembros de las elites —de los criollos, pues— fue que estando imbuidos de lealtad a una presunta esencia providencial e inamovible en el tiempo que les otorgaba su originalidad y distinción, frente a los europeos tenían ganas de ser modernos como los estadounidenses, cometido imposible de lograr por doquiera que se le viera, porque no podía darse por generación espontánea en la América española lo que, para el caso de la América anglosajona, se había constituido históricamente como “un modo de ser, concretamente, el modo de ser del hombre moderno”;⁸ no era posible imitar el

modelo estadounidense sin renunciar a la herencia colonial, a la tradición esgrimida como esencia de la nación en construcción.

Tal situación —que más que una lucha en la arena social entre los de arriba (ilustrados y modernos) y los de abajo (tradicionales *per se*, como lo cree Guerra⁹) fue una suerte de “conflicto existencial” entre el querer ser sin dejar de ser lo que se es, propia de liberales y conservadores— era el resultado de un proceso histórico específico y signaría al siglo XIX, hasta el momento en que ambos bandos asumen sus coincidencias ya integrados al régimen porfirista.¹⁰ Después, por supuesto, de ajustes de cuentas entre las diversas facciones existentes que a su vez prohijaban otras que prohijaban otras que... entre traiciones y reacomodos y un desangrarse unos a otros le definieron el rostro al medio siglo XIX mexicano, momento histórico que sirve de escenario y telón de fondo para que Celia del Palacio ambiente su primera novela: *No me alcanzará la vida*, obra amorosa y política en su trama sí, pero amorosa también por el enamoramiento y la decisión de la autora para ir en pos de algunos fantasmas decimonónicos de tierra adentro hasta hoy deambulando en el terreno de la anonimidad, de donde salen para ser parte de esta novela que termina siendo, por su esla-

Fundación Cultural CONDUMEX/Centro de Estudios de Historia de México, México, 1969.

⁶ E. O’Gorman, *La invención de América*, FCE, México, 1984.

⁷ E. O’Gorman, *México. El trauma de su historia*, UNAM, México, 1977.

⁸ *Ibidem*, 72-73.

⁹ F. X. Guerra, *México... y Modernidad...*

¹⁰ O’Gorman, *México. El trauma...*

bonamiento temporal/espacial entre la mitad del norte mexicano del XIX y la Guadalajara de hoy, histórica, pero no nomás por eso.

*El periplo como guía existencial
de la pareja*

El arranque del largo viaje de diez años que Sofía Trujillo —joven ranchera casada dos años antes con Felipe Porras— iniciará en junio de 1848 desde la hacienda La Enredadera hasta Durango, con escalas en Zacatecas, Guadalajara, Morelia, Ciudad Guzmán y Estancia de las Vacas, será la piedra de toque de un andar, a veces gozosamente pausado y la mayor parte de ellas arrebatadamente angustioso, por esos “tiempos extraordinarios, donde no se podía sentarse largamente a reflexionar, donde no se debía pensar en el qué dirán” (p. 333). Será también el principio de un ir y venir anclado en lo circular como impronta —todo(a) viajero(a) desde el inicio hasta el fin de la historia tendrá irremediablemente como destino Ítaca—, sobredeterminado por la tragedia como señal de un ámbito temporal y espacial habitado por hombres y mujeres viviendo bajo la impronta de la paradoja como sino inexcusable determinado por la historia nacional mexicana.

Viaje iniciático éste de Sofía, cuya epifanía será una imagen utópica —en otro lugar y en otro tiempo— contenida en un grabado que hará las veces

del *Rosebud* articulador del trashumar mundano de Charles F. Kane en el clásico y mítico filme de Orson Welles, misma que enlazará su vida —la de Sofía— y la del poeta y militar Miguel Cruz-Aedo con el futuro donde S., desde su presente y devenida alter ego de la novelista Del Palacio, los irá siguiendo/persiguiendo en una pesquisa obsesiva y delirante que irá contando la inserción/transmutación del presunto poeta Cruz-Aedo, fundador de *La Falange* junto a otros presuntos escritores convertidos en una turba de románticos coqueteando con el *sui generis* liberalismo mexicano decimonónico, en la cambiante época que lo lleva a ser, a fin de cuentas, un militar que como todos sus congéneres integrantes de las elites políticas de aquel entonces se debate entre los principios ideológicos y los fines de la *real politik*, pasando de un bando a otro y creando geoméricamente nuevos bandos que terminan siendo, ¡vaya ironía de la realidad tan repelente de suyo!, alimenticios tanto para los bandos conservadores como para los liberales.

La guerra como concepto integral y las guerras con nombres y apellidos unen y separan, por tanto el largo aliento de la guerra como espíritu del tiempo decimonónico mexicano mete a los protagonistas en su dinámica de acercamiento y alejamiento, de traiciones y alianzas coyunturales de una elite política que pretende, y logra por momentos, manifestarse como dos

árboles en apariencia diferentes que en realidad son dos ramas de un mismo tronco que es la elite misma de manera unívoca y estructurada por lazos familiares: “Me dijeron que estuviste tratando de liberarme cuando estaba en la cárcel de Guadalajara [escribe Miguel a Sofía], que trataste de verme y recibiste sólo despotismo de José María Ortega, lo cual si en mis manos está, le haré pagar. *¿Para qué sirven los lazos familiares? ¿Ni siquiera para tener un poco de misericordia con los enemigos políticos?*” (p. 203).¹¹ Más aún: “Yo soy liberal de corazón [explica otro personaje a Sofía para sustentar su apoyo a Cruz-Aedo], aborrezco las intrigas de sotanas, pero ¡caramba! ¿Qué va uno a pensar cuando un general liberal llega y le invade a uno sus tierras, llega y se lleva a sus hombres, sus vaquitas, su maíz, sin siquiera pedir permiso?¹² ¿Qué pensar cuando un desgraciado le roba a uno su hija?” (p. 424). Mismo personaje que, ante argumentación de la mujer acerca de que debe apoyar al poeta tapatío convertido en coronel porque éste “tiene la razón”, responderá: “Eso casi nunca es suficiente, menos a estas alturas. Ya le digo, eso de los principios es algo muy relativo; hay que apelar al miedo, a la vanidad y a la avaricia” (p. 424).

¹¹ Las cursivas son nuestras.

¹² Nótese que los/sus hombres, “vaquitas” y maíz son iguales para este liberal confeso llamado Francisco del Palacio.

Y bajo tales circunstancias el tráfico de las relaciones amorosas moldea el rostro de los amantes, de sus vivencias y ensoñaciones siempre conducidas por el azar como fundamento de la historia y como el tálamo donde sus cuerpos reposan y copulan en alerta constante: “Ya ves [escribe Miguel a Sofía desde Durango, cuando la epístola era más que un medio de intercambio de información], la única rival que has tenido es la guerra. Con esa señora te he engañado muchas veces: me he metido entre sus muslos, la he hecho gritar de placer y de dolor; la quiero abandonar y no puedo; me llama, su olor me busca dondequiera que yo esté y me rinde de nuevo en sus brazos. Por eso estoy aquí, amor, en esta ciudad revuelta y fría siguiéndole los pasos a esta puta que no me deja estar lejos de ella. Perdóname por arrastrarte conmigo. Tampoco quiero estar lejos de ti” (p. 397).

Pero sí lo está y Sofía asume que así es la vida al lado —aunque sea en la distancia— de su coronel. Lo que no evita a la mujer —cuestiones de la dialéctica amorosa que bien valen una letra de bolero—, antes de acurrucarse en el pecho de su hombre, emitir una suerte de plegaria laica a éste como interpósito representante del acontecer nacional que no se nombra, pero se vive y duele: “Ya quiero que se acabe, Miguel” (p. 436), en respuesta a la explicación de que Santos Degollado a huido hacia San Luis Potosí, luego

de haberse entrevistado con Miramón en La Calera intentando un acuerdo de paz, y a la síntesis que él, Miguel, hace de *eso* que ella quiere que se acabe y que ya lo hace dudar: “A estas alturas, ¿quién sabe dónde está la razón? Dicen que [Degollado] intentó llegar a un acuerdo. Evitar tanta mortandad y tanta locura” (p. 436). Tanta y tanta que al coronel, liberal —irredento de siempre casi al filo del delirio—, como afirma el coronel conservador Francisco Arce, incluso “Los liberales de la ciudad [de Durango] ya lo están abandonando... [Porque] la fidelidad a la causa llega hasta donde empieza la bolsa” (pp. 437-438).

Miguel Cruz-Aedo el autodefinido poeta y pragmático coronel liberal es, ni duda cabe, un hombre que como todos, y dándole la razón al proverbio árabe, se parece más a su tiempo que a sus padres; y tal circunstancia lo ancla a los sueños modernizadores de sus iguales integrantes de la elite político/empresarial/militar que por ser eso, sueños, soslayan la gran paradoja de su esencia criolla: apelar a un *modo* inédito modernizador desde la tradición colonial, a contrapaso de y peleándose con la realidad realmente existente. Y ésa su impronta criolla, signadora de la paradoja liberal/conservadora del siglo XIX, se va manifestando en el transcurso del relato y saltando de cuando en cuando, como la liebre freudiana, para ir develando a este coronel que conjuga en su ser a un jacobino francamente irracio-

nal ante los actos de sus contrincantes —“¡Malditos! ¿Qué clase de personas son éstas? ¿Qué clase de jefe militar permite este saqueo? ¡Peor aún! Son los curas. Son los malditos curas los que hicieron esto. Toda esta conspiración la planearon los curas, el prior del convento, los canónicos...” (p. 294)— y a un católico ferviente que, ante un acto de ayuda a Sofía llevada a efecto por un amigo, expresa, desde la cruz de su parroquia, el deseo de que “¡Dios lo bendiga!” (p. 320) a éste, a su amigo.

Los andamios interiores de

No me alcanzará la vida

De suyo es ésta una novela construida en dos planos temporales por una historiadora —más aún: por una académica— que fue acumulando en el andar investigativo de muchos años el caudal de información en torno a un objeto de estudio transmutado en sujeto de deseo y obsesión; es el seguimiento, al través de S./Celia del Palacio y desde el siglo XXI, de ese sujeto que atraviesa, invicto por fuerza de la ficción, el convulso y definidor siglo XIX mexicano, y que mete a la narradora-investigadora —tanto a la ficticia como a la ¿real?— en las porosas fronteras de la confusión/contradicción trans-temporal/transespacial, tan caras a la novela histórica, cuestión que asumen ambas sin tapujos: “Ya no sé de qué hablo [reflexiona S./Del Palacio], si de la vida de él o de la mía. Las tengo

revueltas; a veces las confundo” (p. 381). Y así es; vayan como botones de muestra la bien intencionada intrusión de la historiadora en los terrenos de la novelista y narradora omnisciente: “En plena cuaresma, la algarabía se respiraba en la plaza, en el pequeño teatro, en la capital de la Nueva Vizcaya, *como se le conocía en tiempos coloniales a aquella provincia*” (p. 20),¹³ o la impecable etnografía expuesta en el capítulo XXX (pp. 378-390).

Hay en S./Del Palacio —y en su obra, por supuesto— una apuesta de género permanente —válida por doquiera que se le vea, pero que se ve zancadilleada por lo recurrente— para asumirse y promocionarse como mujeres distintas y provocadoras —*progres, open mind*, intelectualizadas y radicalizadas... a fin de cuentas mujeres de una novísima clase media más parecidas a su tiempo que a sus madres—: “Caminé todo el día, visité los nuevos museos y los restaurantes donde me di el lujo de pedir mezcal ante la mirada incrédula de los meseros poco familiarizados con una mujer sola: una mujer sola que bebe mezcal” (p. 385).¹⁴ Hay, asimismo, como resultante de este discurso, expresiones definitivamente antihombres —aunque concedemos que puedan definirse mejor como antimachos y que la situación descrita

es real e indefendible— y antihembras, como las descritas entre las páginas 188 y 190.

Plausible y valedero es el retrato/perfil de Sofia como personaje creíble en su relación amorosa y en su actuar cotidiano, pero no así en algunos pasajes de sus discursos/diálogos que parecerían ajenos a una joven ranchera —oriunda de la hacienda La Perla de Morillitos y ya casada habitante de La Enredadera, en San Miguel de Papasquiario; creyente en la brujería ejercida por Soledad y que no ha visto jamás, según la narradora, un platillo sofisticado ni sabe conducirse con propiedad ni sabe qué copa es para el agua y cuál para el vino ni qué cuchillo y qué tenedor para la carne y... (p. 120)—, propios, eso sí, de S./Del Palacio. Como lo es también, y aquí sí se vale y se cree, específicamente en los capítulos escritos por S., ese mosaico satírico —no sabemos si intencionalmente autocrítico— y agradable del mundillo académico intelectual de la segunda ciudad más grande de México, que no deja de ser eminentemente parroquial como todo rancho grande —el segundo del país, para el caso—. Esto sí es creíble, como lo es esa Sofia que platica con nana Luisa en la página 112. Los aciertos narrativos no son desdeñables, a pesar de que la autora no pueda eludir clichés, como describir tres veces —por lo menos— los pechos femeninos como “turgentes” o mencionar S. que los nombres del siglo XIX que va rastreando en su

¹³ Las cursivas son nuestras.

¹⁴ Para el mismo efecto puede verse el relato entre las páginas 190 y 193.

investigación son casi todos “nombres de calles”, ni evitar que en la página 31 el(la) lector(a) vislumbre —quizás porque tal es la intención de la autora— la clave de por dónde y a partir de qué transcurrirán las vidas de sus personajes femeninos, los cuales, gracias a la buena y cuidada edición —manifestada en el manejo de tipografías diferentes para ubicar lo temporal dentro del capítulo—, habitan sus mundos reales enlazados en el terreno de la ficción, que desde siempre ha sido el único lugar en el cual los vivos podemos hablar con los muertos y viceversa.

De salida

Alguien dijo, y si no lo dijo debió haberlo dicho, que toda primera apuesta literaria de ficción conlleva el sino de lo autobiográfico no entendido como el reporte de la historia de vida que el(la) autor(a) ponen a disposición del(la) lector(a), sino como ese conjunto de experiencias compar-

tidas al través de las letras, las canciones, la música, las imágenes, los olores y sabores que conforman el ámbito de lo inmediato privado y lo social ampliado, que en el transcurrir vital del(la) autor(a) terminan siendo relevantes al momento que éste(a) ejercitan la memoria y lo ponen en común con el(la) lector(a). Bajo esta lógica, *No me alcanzará la vida* es una novela autobiográfica sí, pero también, como ya dijimos líneas atrás, una novela histórica y una novela de amor, escritas las tres por una sola novísima novelista de cepa romántica con atisbos modernistas, quien alcanza a contarnos esta historia y recupera, sin aspavientos y presunciones, el bien y buen contar las vidas de los demás, quizás porque le va a ella —a la autora— la vida, o parte de ésta, en ello.

Arturo E. García Niño
Universidad Veracruzana
Intercultural